

El eco de Los Antiguos

Cristina del Toro Tomás

Herminia salió de casa con las primeras luces del alba. Como cada día, sus pasos se dirigían al huerto que poseía en las afueras del pueblo. Se trataba de un pequeño terreno que ella cuidaba con esmero desde hacía sesenta años y en el que cultivaba todo tipo de verduras y hortalizas.

Caminó sin prisa por los senderos agrestes que llevaban a él, sorteando con asombrosa facilidad las piedras y ramas que salían a su paso y saludando a los vecinos que, al igual que ella, habían madrugado aquella fría mañana de principios de febrero para ir a atender sus respectivos huertos y dar de comer a los animales de granja.

A pesar de su avanzada edad, del sobrepeso y de los problemas de reuma, al llegar a su destino se hizo con la azada más grande que poseía y comenzó a remover la tierra. Era el momento idóneo para sembrar cebollas.

Llevaba un buen rato consagrada a la tarea cuando inesperadamente la azada chocó contra algo muy duro que había enterrado. Herminia maldijo sin ningún pudor, pues encontrar una roca sepultada implicaba algunas horas extra de trabajo, en especial si ésta era de gran tamaño. Resignada ante su suerte comenzó a apartar la tierra que había alrededor del objeto, hasta que un pequeño fragmento del mismo quedó al descubierto. La anciana frunció el ceño.

“¿Qué diablos...?”

Aquello no era ninguna piedra. Desconcertada se arrodilló junto al hoyo, excavando con ansiedad y valiéndose incluso de sus propias manos. Según iba apartando más y más tierra comenzaba a surgir la cabeza de una extraña efigie, de rasgos femeninos. Mediría unos cuarenta centímetros de ancho y desde luego no se parecía a ninguna figura que la mujer hubiera visto a lo largo de su vida. Herminia intentó desenterrar lo que quedaba de aquella escultura agarrándola con ambas manos y tirando hacia sí con fuerza, pero tras varios intentos tuvo que desistir.

Fue entonces cuando sintió una misteriosa llamada. No se trataba de ninguna voz —dentro o fuera de su cabeza— que pronunciase su nombre, o palabra alguna. Sencillamente la escultura comenzó a ejercer una hipnótica influencia sobre la anciana, obligándola a mantener sus ojos fijos en ella. De algún modo la figura se estaba comunicando con su descubridora. Y el mensaje no podía ser más desolador.

Presa del más absoluto terror y convencida de que aquello tenía que estar relacionado con un demonio, la mujer logró librarse del hechizo de aquella figura, dar media vuelta y huir completamente enloquecida, lanzando al aire macabros chillidos.

No tardó en reunirse en aquel huerto una comitiva armada con toda clase de palas, picos, azadas y guadañas. Entre varios vecinos lograron desenterrar por completo aquella figura que tanto había consternado a la pobre anciana. Se trataba de una estatua de aproximadamente metro cuarenta de alto y un grosor de unos treinta y ocho centímetros, esculpida en piedra caliza. Parecía vestir una túnica, lucía un peinado imposible y su cuello estaba adornado con varios collares. Sus manos sujetaban algo similar a un racimo de uvas. Pero aquello no fue lo más impactante, pues según iban cavando, alrededor de la misma iban surgiendo otras figuras de aspecto semejante. Algunas representaban hombres, parejas e incluso animales. La de la mujer era la más grande de todas.

Lo que Herminia había tomado por un demonio era la representación de una antigua deidad. Aquel lugar debía de haber sido un templo pagano.

La prensa se hizo eco de la noticia y no tardaron en llegar al lugar arqueólogos, historiadores, conservadores de museo y toda clase de académicos. Ninguno de éstos expertos sabía datar con exactitud a qué periodo histórico pertenecían, lo que —al menos ante ojos expertos— hacía más fascinante el descubrimiento, pues sin duda pertenecía a una de las primeras culturas que habían habitado aquel país, anterior a la llegada de romanos, griegos o fenicios.

Rogelio Durán, el director del Museo Arqueológico Nacional le compró aquellas tierras a la anciana —que no contó su aterradora experiencia a nadie, temiendo que la trataran de loca o ignorante— y rápidamente organizó una notable excavación arqueológica en el lugar.

Aquel descubrimiento se convirtió en la conversación por excelencia entre los habitantes del pueblo. Los comerciantes se frotaban las manos pensando en la cantidad de turistas que podrían llegar a visitar el templo cuando terminasen las excavaciones. El resto de lugareños se sentían orgullosos de que aquel pueblecito que siempre había pasado desapercibido se convirtiese, al menos por unas semanas, en el punto de mira de todo el país. Incluso Herminia le contaba a todo el que quisiera escucharla cómo había encontrado la estatua, eso sí, obviando siempre la angustiada experiencia subsiguiente.

Había tan solo un habitante que no se sentía, ni mucho menos, entusiasmado con el descubrimiento.

Don Ignacio, el párroco del pueblo, era incapaz de compartir los sentimientos de orgullo que parecían haber cegado a sus vecinos. Desde hacía semanas las conversaciones de sus feligreses giraban siempre alrededor del yacimiento que la señora Herminia había descubierto, hablaban de antiguas divinidades con auténtica fascinación—más de la que nunca habían demostrado por el santo del pueblo o el auténtico Dios— e intentaban imaginar los cultos que se realizaban en el arcaico templo. Todo aquello —según su criterio— distraía a sus fieles de la auténtica fe.

La figura que sin ninguna duda mayor rechazo provocaba al sacerdote era la que primero había aparecido. Había tenido ocasión de contemplarla un par de veces, y en ambas ocasiones su corazón se estremeció de temor y odio a partes iguales. Algo en su interior le decía que estaba observando el rostro de una vieja enemiga.

Los lugareños se preguntaban quién sería aquella misteriosa dama, a qué Diosa representaría.

¿Diosa?

Sus vecinos no comprendían que los antiguos cultos habían sido merecidamente erradicados siglos atrás para dar paso a la verdadera fe. Que si ya no se adoraban Diosas era porque, sencillamente, éstas no existían. Únicamente había un Dios, y éste era el de los cristianos. Aquella mujer, junto con todas las demás estatuas eran falsos ídolos.

Los aldeanos, en su eterna ignorancia, no parecían ver que dedicar tanta atención a aquellas figuras, o visitar las excavaciones que se estaban realizando, era caer de cierta forma en la idolatría.

Y Don Ignacio no podía consentir que el Dios auténtico, al que había dedicado tantos años de su vida, se viera reemplazado por aquella burda versión del becerro de oro.

Tenía que hacer algo al respecto.

Si la anciana que había descubierto las figuras hubiese acudido a él en lugar de dar voces por todo el pueblo, todo habría sido mucho más fácil. Él se habría encargado de hacerla callar. Pero no iba a quedarse quieto, rumiando lo fácil que habría resultado ocultar el incidente. Estaba decidido a tomar cartas en el asunto, él se encargaría de expulsar a los ídolos paganos de aquellas tierras y resarcir a su Dios.

Cada noche rezaba pidiendo que su mente se iluminara y le permitiera encontrar una solución a aquel desdichado acontecimiento.

La respuesta a sus plegarias llegó tres días más tarde, mientras oficiaba misa.

Desde el altar observaba con pesar su templo. Apenas había un par de bancos ocupados por completo. Cada vez eran menos los que cumplían con sus deberes como cristianos, y solo las personas mayores acudían a la ceremonia. Éstas iban falleciendo gradualmente, con lo que su iglesia se iba vaciando poco a poco.

Había, sin embargo, un hombre joven que no faltaba a ningún culto. Carlos era el zapatero del pueblo. Había heredado el negocio de su padre, que realizaba con auténtica dedicación. Era más bien corto de luces, pero compensaba su poca inteligencia con un maravilloso don para dibujar y esculpir. En un par de ocasiones había rehabilitado el retablo de la iglesia. Mientras observaba a aquel hombre, llegó, como caída del cielo, la solución al problema del santuario pagano.

Al terminar la misa el sacerdote se acercó al hombre. Después de las típicas preguntas de cortesía, Don Ignacio dejó entrever su aflicción, aunque fingió no querer angustiarle con sus “conflictos de viejo”. El joven, preocupado, insistió en saber qué ocurría, y después de hacerse de rogar durante varios minutos, Don Ignacio abordó el tema directamente.

—Verás hijo, me siento preocupado por las pobres almas de nuestra comunidad. Esas figuras que han aparecido no son más que una despreciable distracción para nuestros vecinos. Todos parecen haber olvidado quién es el único Dios verdadero... en fin, ya has visto cómo está últimamente la iglesia. Y pese a que sé cómo volver a encauzar a estas ovejas descarriadas, poco puedo hacer yo por mi cuenta.

Don Ignacio pretendía disfrazar los celos que sentía ante la repentina popularidad de aquellos antiguos Dioses como preocupación por las almas de sus vecinos. Cualquiera persona se habría dado cuenta de sus intenciones, pero no el buen zapatero, que no dudó en ofrecerle su incondicional ayuda. El sacerdote se deshizo en falsos halagos y palabras de gratitud, y rápidamente le confió su plan.

—Dentro de una semana me pasaré por tu taller—concluyó a modo de despedida. —Y recuerda—su voz se tornó amenazante—nadie debe enterarse de esto.

En diez días una comisión de expertos iría a buscar las esculturas para trasladarlas a la capital y estudiarlas detenidamente. El propio Rogelio Durán estaría al frente de la investigación. El concejal de cultura del Ayuntamiento ya había hecho pública su intención de construir un museo dedicado a la conservación de las piezas del santuario en el lugar donde había aparecido el templo pagano, una vez las excavaciones hubieran concluido. Aquello avivó aún más la ira del sacerdote, que visitó varias veces a Carlos para apremiarle en la tarea que le había encomendado.

El joven zapatero no salió de su taller en toda la semana, salvo para ir a visitar las figuras, las cuales se encontraban expuestas en una sala habilitada dentro del propio Ayuntamiento. La misión que el sacerdote le había encargado era muy sencilla, al menos para alguien con su talento: debía esculpir una copia exacta de todas y cada una de las representaciones paganas. Ambos se colarían por la noche en la sala donde se guardaban y reemplazarían las auténticas por las que el zapatero había esculpido. Contaba con una semana para terminar el trabajo y a pesar de la magnitud del encargo, el dócil zapatero cumplió con el plazo impuesto.

En cuanto el sacerdote contempló la obra de aquel hombre supo que había hecho lo correcto. Las pocas dudas que había albergado al principio se le antojaban ridículas ahora: las copias eran perfectas.

Aquella misma madrugada, mientras todo el pueblo dormía, los dos hombres se acercaron al Ayuntamiento. Las ventanas de la sala en la que estaban las figuras daban a la calle, y no tuvieron demasiadas dificultades para forzarlas. Al fin y al cabo, aquel era un pueblecito

perdido entre montañas, donde nunca sucedía nada emocionante, por lo que el edificio no contaba con ninguna medida especial de seguridad.

A Don Ignacio no le hacía ninguna gracia estar allí dentro, habría preferido dejarle todo el trabajo sucio al zapatero, pero sabía que el hombre no podría cargar con las figuras él solo, así pues hizo de tripas corazón y ayudó a reemplazar las figuras originales por las copias. Tardaron horas en dar el cambiazo, y justo cuando volvieron a cerrar la sala y dejar todo como estaba en un principio, las primeras luces de la mañana se asomaron tímidas por el Este.

Los dos hombres subieron a la furgoneta del zapatero y se alejaron del pueblo, montaña arriba. El sacerdote le hizo parar en uno de los puertos y descargar allí mismo las figuras. Sacó dos inmensos martillos, tendiéndole uno al joven.

El párroco se acercó a la figura de la Diosa que tanto rechazo le generaba. Observó, con el odio reflejado en su semblante aquel rostro de piedra, colmándose una última vez de un sentimiento de absoluta repugnancia. Acto seguido alzó el martillo y golpeó con furia la escultura. En aquel momento un sonido, muy similar al de un tambor, alertó a Carlos. Éste parecía venir de la propia figura, y aumentaba en ritmo e intensidad con cada golpe de martillo. Don Ignacio no parecía escuchar nada, pues seguía destruyendo con furia aquella estatua.

— ¿Qué haces ahí pasmado?—espetó el sacerdote—. ¡Venga, ayúdame!

Carlos obedeció, intentando ignorar el latido que procedía de aquellas figuras. Después de dos horas de intenso trabajo, los ídolos paganos quedaron reducidos a poco más que polvo. Guardaron los martillos y regresaron al pueblo, Carlos con el sonido de los tambores retumbando aún en sus oídos.

Lo que ambos hombres ignoraban era que, en el mismo instante en el que asestaron el último golpe con sus martillos, una gruesa grieta apareció en el techo de la iglesia del pueblo.

El escándalo fue tan sonado que incluso la prensa internacional se hizo eco de aquel triste acontecimiento. Las figuras que habían aparecido en el huerto eran falsas. La comunidad científica se burló durante varias semanas de la ingenuidad de esos pueblerinos, que habían pensado que lograrían engañar a los más ilustres arqueólogos e historiadores. Rogelio Durán cayó en desgracia, ridiculizado por sus propios compañeros de profesión. ¿Cómo era posible que el propio director del Museo Nacional de Arqueología hubiera caído en tan absurda artimaña? La excavación arqueológica se suspendió, los expertos abandonaron el pueblo y el sueño de construir un museo en aquel lugar se desvaneció por completo. Los habitantes del pueblo se indignaron profundamente. ¿Quién había montado aquella farsa? Algunos señalaron como culpable a la pobre Herminia, que era la única que parecía haber sacado algún beneficio de todo aquello al vender su huerto.

Don Ignacio se mostró satisfecho, pues aquel antiguo enemigo había sido derrotado una vez más. Los Dioses paganos no volverían a molestar aquel territorio que pertenecía legítimamente —según su propio criterio— al Dios de los cristianos.

¡El tiempo le demostraría cuán errado estaba!...

Carlos giró por enésima vez sobre sí mismo. No lograba conciliar el sueño, y es que el sonido de los tambores no le permitía dormir.

Todo había comenzado la primera noche tras destruir las piezas de aquellos Dioses que incomodaban tanto al sacerdote. En el mismo instante en el que cerró los ojos al meterse en la cama, aquel sonido que había escuchado junto a las figuras, comenzó a retumbar dentro de su cabeza. Al principio pensó que eran imaginaciones, pero cuanto más intentaba ignorarlos más fuerte sonaban.

Se tumbó bocarriba, fijando la mirada en el techo de la habitación. Su rostro estaba pálido, y dos profundas ojeras revelaban que llevaba varias semanas sin dormir. Ni las infusiones, ni las pastillas, ni el alcohol habían conseguido apartar aquel latido se su cabeza.

Pues precisamente eso era aquel eco profundo y salvaje: el latido vital de los Antiguos Dioses reclamando justicia por los daños que él les había causado.

El zapatero había intentado hablar con el párroco, asegurándole que los Dioses paganos contra los que se habían atrevido a atentar acudían cada noche a su cama, obligándole a escuchar aquel sonido que tanto miedo le inspiraba. El sacerdote le había echado de su iglesia, alegando que aquellas palabras ofendían profundamente a Dios.

Carlos se incorporó en su cama, desesperado. Sí, habían ofendido a una fuerza superior, pero desde luego ese Dios no era el mismo al que Don Ignacio quería complacer a toda costa. Los Dioses Antiguos habían sido agraviados y exigían una compensación.

El zapatero se levantó, dispuesto a poner fin a aquella tortura. Sin cambiarse de ropa salió de casa y acunado por la oscuridad se dirigió al huerto de la señora Herminia, donde todo había comenzado. Al llegar allí agarró una de las muchas cuerdas que había en el pequeño cobertizo, atándola por un extremo a la rama de un árbol y rodeando su cuello con el otro. Los tambores retumbaban cada vez con más fuerza dentro de su cabeza...

El sacerdote temblaba. Estaba arrinconado contra una de las esquinas de su pequeña habitación, rodeando con sus brazos las piernas, en un intento por hacerse diminuto y escapar de la mirada de aquella terrorífica mujer.

Las visitas habían comenzado la misma noche en que habían destruido aquellas figuras infames.

Se encontraba agotado tras el esfuerzo físico realizado y esperaba conciliar rápidamente el sueño, satisfecho por el buen trabajo realizado.

Fue en esos instantes de duermevela, cuando la mente comienza a adentrarse en el mundo de los sueños cuando lo escuchó. Un susurro apenas audible que no parecía venir de ningún lado. Abrió los ojos alarmado, pero allí no había nadie. Aquel susurro comenzó a aumentar en intensidad, convirtiéndose en cientos de voces que pese a hablar todas a la vez en un idioma desconocido para el hombre, sin duda clamaban venganza.

Fue entonces cuando se fijó en ella.

Había aparecido a los pies de su cama, alta, pálida y con un rostro tan hermoso como amenazante. Vestía una túnica de varios colores, a juego con los collares que adornaban su cuello. En las manos sostenía un racimo de uvas.

No habló. Únicamente le miró, severa, autoritaria, poderosa. En aquella ocasión, el sacerdote se quedó petrificado, acosado por las oscuras voces, atormentado por la mirada de la Antigua Diosa de esas tierras.

No desaparecieron hasta que la luz del alba entró por la ventana. Al levantarse y acudir corriendo a la iglesia adyacente a su hogar, para pedir a su Señor que alejara esa diabólica presencia de él, pudo comprobar cómo un pequeño agujero se había formado en el techo, justo sobre el altar.

Cada noche se repetía la escena. Las voces precedían la llegada de la Diosa. Ésta acosaba con su mirada al sacerdote durante toda la noche, y al salir el Sol, una nueva brecha había aparecido en el techo, el suelo o las paredes de la iglesia.

Aquella noche, sin embargo, el sacerdote encontró fuerzas para defenderse.

—¡Maldita bruja!—exclamó desde la esquina en la que se había refugiado—¡Toma de una vez lo que deseas, y márchate de aquí! ¡Deja de atormentarme!

La cabeza de la Diosa se inclinó casi imperceptiblemente, al tiempo que las voces aumentaban de intensidad, excitadas. El edificio comenzó a temblar, y varios trozos de yeso cayeron sobre Don Ignacio.

La iglesia no tardó en derrumbarse por completo, sepultando para siempre al sacerdote.

En el mismo instante en el que la iglesia se vino abajo, el zapatero derribó de una patada la banqueta a la que se había subido. La soga se tensó alrededor del cuello del joven, rompiéndose de inmediato. Carlos se dio de bruces contra el suelo, desconcertado. El sonido de los tambores había desaparecido por completo. Entonces lo comprendió. El zapatero lloró en silencio por el sacerdote, sabiendo que Los Antiguos habían acudido a reclamar la tierra que por derecho les pertenecía. Los Dioses, finalmente, habían sido resarcidos.